El Rey Casimiro y la Princesa Enriqueta.

ADMIRABLE HISTORIA del Rey Casimiro de Irlanda, de la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Principes sus pretendientes.

PRIMERA PARTE,

Ha del supremo palacio,
donde con luces perenes
y con lucidos ardores
al sol nacimiento ofrecen;
ha del anchuroso espacio,
donde sus luces ardientes,
dando al orbe claridades,
dan vigor à los vivientes:
ha en fin del terrestre globo,
à quien la esfera celeste
con tachonados diamantes
hace pavellon luciente:
oid el mayor prodigio,
la historia mas eminente,
que con su trompa dorada
la fama en ecos previene;
y asi, voy à dar principio,
mi voz silencio previene.
En el horecospo infausto,
en los años mas crueles,
quando indignados los cielos
por nuestras culpas rebeldes,
y en fin, por la que Rodrigo
cometió atrevidamente,
permitió que el Agareno
à nuestra España la infeste,
poblando de medias lunas
las ciudades eminentes:

en

en aqueste infeliz tiempo,
reynaba gloriosamente
en la poderosa Isla
que mas la fama engrandece,
Irlanda en fin, cuyo nombre
es su alabanza luciente,
el mas poderoso rey
que los anales contienen,
Casimiro, tronco excelso
de los Batorios valientes.
En aqueste tiempo mismo
residian igualmente
en aquesta misma corte
dos principes excelentes,
iguales en la nobleza
y en estados diferentes:
uno era el gran Sigismundo,
que de Moncada laureles
por Conde de Barcelona
coronan sus nobles sienes;
el otro era Don Enrico
Esforcia, tronco luciente,
que por Duque de Milán
le aclaman gloriosamente.
Estos dos principes grandes
le asistian comunmente
al grande rey Casimiro
en sus despachos prudentes.
Tenia el rey una hija,
que es de la hermosura Fenix,
única dueña y señora
de quanto Irlanda contiene,
con que de toda la Europa
muchos principes pretenden
de Enriqueta la hermosura,
que es el nombre que ella tiene;
mas vulgarmente la llaman,
mirando sus esquiveces,
la hermosa Dafne de Irlanda,
pues tan esquiva se ofrece
à embaxadas y retratos
y à los consejos prudentes
del grande rey Casimiro,
cuya prudencia lo siente.
Sigismundo y Don Enrico
ámbos iguales padecen,
pretendiendo cada uno
triunfar de sus esquiveces.
En fin, con las persuasiones
y rendimientos corteses
del español Sigismundo
se derritió aquella nieve,
que en el pecho de Enriqueta
tan constante se mantiene,
y una vez ya derretida,
prendió la llama en lo débil:
prendóse en fin de su gala,
y el rapáz Cupido ardiente
mirando al blanco, le tira
una flecha de tal suerte,
que el que era cristal elado
se ve mongibelo arderse.
El Duque Enrico à este tiempo
padecia mil desdenes,
y como los despreciados
buscan soledades siempre,
del palacio en los jardines
estaba entre unos laureles
su desgracia lamentando,
quando al mismo tiempo vienen
la Princesa y Sigismundo,
y recatandose, advierte
que la Princesa le dice
al Conde de aquesta suerte:
ya, Conde mio, has triunfado
de mis nobles altiveces,
y así rendida à tu gala
no avrá cosa que no intentes;
para esta noche te aguardo
al pie de una hermosa fuente.
Se despide el Conde ufano,
fuese la Princesa alegre,
salió el Duque del retiro,
considerando en su mente,
cómo pudiera lograr
lo que la ocasion le ofrece;
y en fin trazó allá en su idéa
lo que diré brevemente.
Fue al noble rey Casimiro,
y le dice de esta suerte:
alto y poderoso Rey,
haz lo que mi voz te advierte;
á Sigismundo Moncada
al punto esta noche prende,
que conviene à tu corona,
y al Conde tambien conviene.
Admirado quedó el Rey;
pero no obstante prudente
al capitan de la guardia
mandó que en secreto fuese,
y que dentro de su quarto
al Conde heroyco prendiese.
Executóse al instante,
y el Duque à este tiempo fuese,
y apenas tendió Latona
sus obscuras lobreguezes,
baxó al jardin la Princesa,
esperando que viniese
el dueño que su alma adora,
y de esperar impaciente,
como ignoraba la causa,
se congoxa tristemente.
Pero en este tiempo el Duque
traydora y fingidamente
entró en el jardin, mostrando
ser el Conde, y brevemente
engañada la Princesa
en sus gozos y deleytes,
en el jardin de las flores
gozó el Duque la mas fertil.
Y apenas el alva hermosa
dió noticia de que viene
el sol con sus claros rayos,
se despidieron corteses
aquella inocente rosa
y aquel Sinon mas aleve;
y al despedirse le dice
la Princesa de esta suerte:
ya, Conde mio y señor,
que dueño del alma eres,
este diamante confirme
nuestro amor eternamente;
dióle un anillo costoso,
que el Duque guardó imprudente.
Salió Febo con sus rayos,
desterrando los tapetes
de las sombras de Latona,
y el Rey cuidadoso siempre,
mandó que llamen al Duque,
el qual luego al punto viene,
y le pregunta la causa
de que al Conde le prendiesen.
El le dixo, que sabia
cierto indubitablemente,
que el Conde avia aplazado
un desafio, y que este
avia sido el motivo
de decir que le prendiese,
y que ya su Magestad
podia dar libremente
libertad, pues su cuidado
todo ajustado lo tiene.
Al instante mandó el Rey,
que al Conde libertad diesen,
el qual estaba confuso,
y mas que todo impaciente,
de ver que avia perdido
la ocasion que amor le ofrece.
Vino à palacio, y el Rey
le recibió atentamente;

de-

declarándole la causa
de su prision imprudente.
A este tiempo la Princesa
salió cuidadosa à verle,
y à solas le dice: dueño
de mi alma, dí qué tienes,
que parece que tu rostro
muestras de pesar contiene?
Ya pues que anoche logramos
nuestros cariños ardientes,
no eclipses con tu tristeza
los rayos que el alma adquiere.
El la responde: señora,
qué dices, que no te entiende
mi cuidado? di, qué noche
ò qué camino previenes?
Asustada la Princesa
le dice: traydor aleve,
pues ya tan presto te olvidas
de la obligacion que tienes?
exâminarás mis furias,
como ingrato è insolente.
Fuese afrentada y corrida,
y el Conde quedó de suerte,
sin saber lo que le pasa,
que en confusiones parece,
no sabe qué medio dar;
pero en efecto resuelve
el retirarse à su Estado,
donde marchó brevemente,
sin que el Rey, por mas que hizo
esta partida impidiese.
El Duque à este mismo tiempo
pidiendo licencia, fuese
à Milán, donde le dexo,
por contar lo que sucede
al Conde, que à Barcelona
llegó, donde de su plebe,
de nobles y de señores
fue recibido igualmente;
y dentro de pocos dias
trató sus bodas alegre
con la hija del Almirante,
encanto de los vivientes,
cuyo nombre era Rosaura,
y en paz gustosa y alegre
vivió cerca de ocho años
de himenéo en lazo fuerte.
Tuvo de esta dulce union
un hijo, que me parece,
que Adonis pintó lo bello,
con que sus amores crecen.
Dexemos esta union dulce
entre cariños fervientes,
y en otra segunda parte
el Poeta dar pretende
nuevas de toda la historia
al auditorio prudente.

FIN.